FOTOS DE VIAJE

Por Rodrigo Fresán

Misterio pequeño, pero enormemente atendible: ¿por qué la gente se saca o se toma fotos durante las vacaciones? ¿Para mostrárselas a la envidia de sus conocidos o –como cantan The Kinks– para asegurarse de que todo aquello verdaderamente tuvo lugar en un sitio lejano o acá nomás? En cualquier caso, la literatura del escritor canadiense –pero nacido en Munich, 1964– Douglas Coupland disfruta y padece de este mismo curioso síndrome kodak: al leerlo se tiene la impresión de estar recordando algo que nos ocurrió durante unas vacaciones inciertas, que no podemos ubicar del todo bien en el tiempo y el espacio, y sentimos que sus palabras –como, dicen, ocurre con las fotos– nos roban el alma para revelarla con colores más brillantes y, entonces, devolvérnosla. No es casual que uno de sus libros se titule *Polaroids de los muertos.* Todo esto para decir que de todos los "Nuevos Salinger", que aparecieron desde que el "Viejo Salinger" se metió en su cuarto oscuro, Coupland es el mejor encuadrado y en foco de todos los Hijos de Seymour. Ya saben: adolescentes confundidos, familias disfuncionales, iluminaciones universales de mesías domésticos, pero con el interesante e imprescindible Toque Coupland: una mirada poderosa y crítica y certera –que en Salinger se queda en simple reflejo juvenil y disconforme– a la hora de fotografiar el mundo que nos rodea, la Aldea Global, los espejismos y eclipses del Milenio. De ahí que Coupland –patentador del concepto de Generación X para su primera novela– tenga un interesante segundo oficio más allá de la literatura, ofreciendo sus servicios como tecno-profeta y cyber-beatnik del futuro inmediato a empresas multinacionales y hasta a Steven Spielberg, quien lo convocó para que tirara ideas a la hora de planear su *Minority Report.* A Coupland, por supuesto, se le ocurrió eso de la propaganda hologramática y personalizada a partir del escaneo de la pupila del tipo que pasea por esos pequeños planetas que alguna vez fueron simples centros comerciales. Para Coupland, el presente no es otra cosa que una constante vacación hacia el futuro. Por eso escribe fotos. Las mejores están en su libro de 1994 *–La vida después de Dios,* de ahí sale lo que sigue–, donde Coupland combina sus tres principales motivos: la familia rota, el movimiento existencialista, la igualdad diferente de las habitaciones de hotel (descubre las siete diferencias), la angustia de la juventud que empieza a ser la angustia de la madurez, los paisajes que pasan por la ventanilla, la sorpresa de descubrir que el mundo ha sido invadido por personas veinte años más jóvenes, la súbita ausencia de un Dios en el que después de todo nunca creímos y –lo más terrible, lo más gracioso– descubrir que no tenemos la menor idea de quién es ese tipo que nos mira desde una tira de fotos carnet que nos acabamos de tomar en una máquina al costado del camino.



La vida después de Patty Hearst

Por Douglas Coupland

(...)

El hecho fue éste: recibí una llamada telefónica de Jeremy, un antiguo amigo del instituto.

Jeremy me contó que habían localizado a mi hermana Laurie en Whistler, trabajando en una de esas tiendas de la estación de esquí; no en la estación Husky ni en la Rainbow sino en una más arriba de la carretera. Le pregunté si estaba completamente seguro de que era Laurie y contestó que él en realidad no la había visto directamente.

Había sido un amigo suyo quien la localizó. De modo que Jeremy no estaba al ciento por ciento seguro.

No obstante, este dato era todo cuanto necesitaba. Apagué el ordenador, agarré mi abrigo y dejé la oficina pronto para ponerme al volante los cientos treinta kilómetros en dirección norte, hasta Whistler, y verificar si era cierto lo que me habían dicho.

El cielo era líquido –el día más lluvioso del mundo–, caía la llovizna intensa y saludable que alimenta los árboles y el océano, y que colorea tantos de mis recuerdos. Hacia las cuatro de la tarde ya estaba oscureciendo cuando pasé la Horseshoe Bay y empecé a remontar la carretera 99 siguiendo las cerradas curvas junto al mar que conducen al fiordo de Howe Sound, por la carretera del "mar al cielo". Conducía despacio; incluso las luces de los faros atravesaban con dificultad el agua que caía. El barro en forma de budines de chocolate se cernía sobre las escarpadas laderas de las montañas graníticas, más arriba de Montizambert Creek y Lions Bay.

Con la última luz del día, en Britannia Beach, pude distinguir a mi izquierda el Océano Pacífico, liso como una lámina de plomo.

La caudalosa lluvia hizo que me sintiera a salvo y protegido; siempre la he considerado beneficiosa –como una manta–, el consuelo de un amigo. Cualquier día sin al menos un poco de lluvia, o siquiera una nube o dos en el horizonte, hacía que me sintiera abrumado por la información de la luz del sol y anhelaba el don vital, envolvente, de la lluvia cayendo.

Fue justo pasado Squamish cuando vi el incendio –un incendio fortuito donde estaban limpiando una zona de terreno nuevo–, a la derecha de la carretera, tras un enjambre de tractores con brillantes luces amarillas: era una inmensa ensalada de diez mil tocones y ramas; un millón de anillos de esos que indican la edad de los árboles, todos quemándose, chisporroteando; una cantidad asombrosa de fuego, como un lago ardiendo; tantas llamas que la lluvia se convertía en vapor antes de llegar a las brasas. Nunca había visto un fuego de tal magnitud en un solo sitio; jamás creí que pudiera haber tanto. Era como un campo de orina ardiente y puestas de sol líquidas. Me paré sobre el barro de la cuneta y miré, notando que la piel enrojecía, que unas pequeñas chispas me chamuscaban mientras el siniestro arreciaba, como un sueño de fuego –un incendio bajo el océano–, en la negrura, en la lluvia, como un secreto que no puede mantenerse oculto por más tiempo.

Laurie. Este asunto no es tan claro como el de Walter. Ella desapareció de la vida de nuestra familia hace cinco años. Era mi hermana mayor y, al menos durante los últimos tiempos antes de que se marchase, estaba más cerca de mí que de nadie, como cuando éramos pequeños. (...)

Laurie siempre había tenido la lengua larga, era la más polemista de los hijos y también la más brillante. Cerca ya de los veinte años se volvió de forma alternativa, e incluso hasta un grado alarmante, hosca, hiperactiva y peleona. Nos aterrorizaba a la hora de cenar y en otras reuniones familiares, señalando los defectos de cada uno con tal precisión que manteníamos cerrada la boca por miedo a que Laurie revelase algo más. Esos momentos se convirtieron en un tormento.

Mirando hacia atrás, la suya era una conducta de drogata, lo que concuerda con lo que otras personas que han tenido problemas parecidos con sus hermanos e hijos me han descripto. Pero entonces parecía como si Laurie fuese desarrollando las peores facetas de su temperamento en lugar de las mejores, que sabíamos que existían. Pero éramos una familia; puede que a uno no le guste el comportamiento de otro miembro, pero no pone en cuestión su derecho a seguirlo.

Laurie siempre quiso ser Patty Hearst. Se entregaba a arrebatos imaginativos sobre la heredera secuestrada cuando yo tenía trece años y ella diecisiete; justo cuando se estaban produciendo los cambios más importantes de su personalidad. Entraba en mi habitación y me decía con extrema seriedad:

–Louie... quiero que pienses algo. Siéntate. Quiero que imagines que estás preparando una sopa Campbell de pollo con fideos un día entre semana por la noche. En la televisión del cuarto de estar se emite un episodio de Hawai Cinco-0. Tienes el pelo hecho una pena, llevas puesta una vieja bata de felpa y puede que estés dudando entre si prepararte unas palomitas de maíz o no. Suena el timbre de la puerta y te diriges con desgano hacia el vestíbulo para abrir. Cuando abres, irrumpen unos terroristas enmascarados. Te vendan los ojos, te amordazan, te atan y te introducen en el maletero de su Chevrolet. Estás secuestrado; te han raptado.

Mientras tanto, yo permanecía allí sentado obedientemente.

–Te llevan al escondite de los raptores, Louie, en el otro extremo de la ciudad. Te encierran en un armario, no te dejan dormir ni comer y te lavan el cerebro con manifiestos terroristas. Hacen que te cambies de nombre. Se cortan todos tus lazos con el pasado. Desapareces completamente del mundo durante meses y meses.

Laurie siempre dibujaba una excelente escena: una de Patty Hearst cautiva en la imaginación del mundo como víctima propiciatoria de las apetencias burguesas; raptada por las fuerzas que despojarían a nuestro mundo de camisas polo, clases de francés y setas de gourmet:

–Te dan por muerto; en el mejor de los casos te quedas como un sueño sin interpretar. Pero luego, un día, vuelves a aparecer. (Siempre con un brillo en los ojos.) Apareces como una imagen borrosa en blanco y negro, empuñando una carabina recortada M-1, en el sistema de vigilancia de video, mientras robas un banco de las afueras de tu ciudad natal, California. (Las conferencias de Laurie solían terminar de un modo parecido.) Te has convertido en un terrorista, un miembro de la guerrilla urbana, destruyes la esencia de la cultura que te creó, a la que estás cegando con un relámpago de luz blanca.

Estos discursos a veces me dejaban aterrorizado y confuso. Una noche, justo después de una de esas diatribas, sorprendí a Laurie purgándose en el retrete y, cuando le pregunté muy seriamente por qué hacía aquello, contestó:

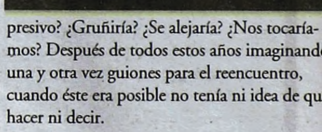
–Preparo mi cuerpo para su nuevo dueño.

Creo que a Laurie le gustaba la idea de transformación total que encarnaba Patty Hearst después de convertirse en Tania y ponerse a robar bancos durante aquel breve período. Supongo que ella notaba que en su interior se producían cambios imparables y encontraba que esa historia era compatible con su evolución. Las vidas de ambas tampoco resultaban tan opuestas. Las dos familias eran numerosas y la ciudad donde nació Patty Hearst, muy parecida a la nuestra en aquel momento: encerrada en su propio sueño de vida al aire libre y elegancia de alta tecnología; de parábolas estucadas con rododendros y un futuro repleto de luces de plexiglás, parrillas bien ventiladas para las barbacoas interiores e ideas bienintencionadas para la ingeniería social.

Volviendo a Whistler, continué conduciendo bajo la lluvia, carretera adelante, preguntándome, según me acercaba a un posible encuentro, qué iba a decir y hacer exactamente si de verdad hallaba a mi hermana. A lo largo de los años había imaginado tantas conversaciones, despierto o en sueños, que una auténtica conversación o bien sería decepcionante o simplemente igual que otro sueño. Ninguna de las dos perspectivas resultaba atractiva.

¿Sonreiría Laurie? ¿Ofrecería un rostro inexpresivo? ¿Gruñiría? ¿Se alejaría? ¿Nos tocaríamos? Después de todos estos años imaginando una y otra vez guiones para el reencuentro, cuando éste era posible no tenía ni idea de qu hacer ni decir.

Y poco después de eso, desvaneció. ¿Había ido ¿A Toronto? Nada de nú Nada definitivo. Se limitó años. Papá contrató a al pero nunca consiguieron

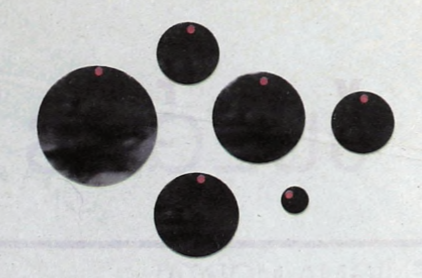


El asunto de Patty Hearst sólo constituía una de las obsesiones de Laurie. Otra era su ropa, que empezó a ser muy rara nada más terminar el instituto. Era de tiendas de segunda mano, pero superando mucho la de ese tipo de establecimientos: capas de andrajos, prendas feísimas, camisas polinesias de manga corta de una belleza irredimible a juego con pantalones militares verde oliva, cosas locas, trapos de vagabunda.

Y mis padres lo toleraban. La ropa se volvió cada vez más disparatada, el cuerpo más sucio, el comportamiento al regresar a casa después de una relación fallida, o por el motivo que fuera, más extravagante. Se lo aguantaban todo.

Nada en la vida de mis padres les había preparado para enfrentarse con el comportamiento de Laurie. Como era inclasificable, se pasaba por alto, no se mencionaba. Ni siquiera cuando les robó dinero y estrelló su Oldsmobile, o cuando la Policía Montada del Canadá aparec en la puerta acompañando a Laurie con la mirada perdida. Nunca hubo ninguna discusión.

Hago que Laurie parezca horrible. Y supongo que me presento como una persona virtuosa; pero no es cierta ninguna de las dos cosas.



La vida después de Dios

Patty Hearst

Por Douglas Coupland

(...)

El hecho fue éste: recibí una llamada telefónica de Jeremy, un antiguo amigo del instituto.

Jeremy me contó que habían localizado a mi hermana Laurie en Whistler, trabajando en una de esas tiendas de la estación de esquí; no en la estación Husky ni en la Rainbow sino en una más arriba de la carretera. Le pregunté si estaba completamente seguro de que era Laurie y contestó que él en realidad no la había visto directamente.

Había sido un amigo suyo quien la localizó. De modo que Jeremy no estaba al ciento por ciento seguro.

No obstante, este dato era todo cuanto necesitaba. Apagué el ordenador, agarré mi abrigo y dejé la oficina pronto para ponerme al volante los cientos treinta kilómetros en dirección norte, hasta Whistler, y verificar si era cierto lo que me habían dicho.

El cielo era líquido –el día más lluvioso del mundo–, caía la llovizna intensa y saludable que alimenta los árboles y el océano, y que colorea tantos de mis recuerdos. Hacia las cuatro de la tarde ya estaba oscureciendo cuando pasé la Horseshoe Bay y empecé a remontar la carretera 99 siguiendo las cerradas curvas junto al mar que conducen al fiordo de Howe Sound, por la carretera del "mar al cielo". Conducía despacio; incluso las luces de los faros atravesaban con dificultad el agua que caía. El barro en forma de budines de chocolate se cernía sobre las escarpadas laderas de las montañas graníticas, más arriba de Montizambert Creek y Lions Bay.

Con la última luz del día, en Britannia Beach, pude distinguir a mi izquierda el Océano Pacífico, liso como una lámina de plomo.

La caudalosa lluvia hizo que me sintiera a salvo y protegido; siempre la he considerado beneficiosa –como una manta–, el consuelo de un amigo. Cualquier día sin al menos un poco de lluvia, o siquiera una nube o dos en el horizonte, hacía que me sintiera abrumado por la información de la luz del sol y anhelaba el don vital, envolvente, de la lluvia cayendo.

Fue justo pasado Squamish cuando vi el incendio –un incendio fortuito donde estaban limpiando una zona de terreno nuevo–, a la derecha de la carretera, tras un enjambre de tractores con brillantes luces amarillas: era una inmensa ensalada de diez mil tocones y ramas; un millón de anillos de esos que indican la edad de los árboles, todos quemándose, chisporroteando; una cantidad asombrosa de fuego, como un lago ardiendo; tantas llamas que la lluvia se convertía en vapor antes de llegar a las brasas. Nunca había visto un fuego de tal magnitud en un solo sitio; jamás creí que pudiera haber tanto. Era como un campo de orina ardiente y puestas de sol líquidas. Me paré sobre el barro de la cuneta y miré, notando que la piel enrojecía, que unas pequeñas chispas me chamuscaban mientras el siniestro arreciaba, como un sueño de fuego –un incendio bajo el océano–, en la negrura, en la lluvia, como un secreto que no puede mantenerse oculto por más tiempo.

Laurie. Este asunto no es tan claro como el de Walter. Ella desapareció de la vida de nuestra familia hace cinco años. Era mi hermana mayor y, al menos durante los últimos tiempos antes de que se marchase, estaba más cerca de mí que de nadie, como cuando éramos pequeños. (...)

Laurie siempre había tenido la lengua larga, era la más polemista de los hijos y también la más brillante. Cerca ya de los veinte años se volvió de forma alternativa, e incluso hasta un grado alarmante, hosca, hiperactiva y peleona. Nos aterrorizaba a la hora de cenar y en otras reuniones familiares, señalando los defectos de cada uno con tal precisión que manteníamos cerrada la boca por miedo a que Laurie revelase algo más. Esos momentos se convirtieron en un tormento.

Mirando hacia atrás, la suya era una conducta de drogata, lo que concuerda con lo que otras personas que han tenido problemas parecidos con sus hermanos e hijos me han descripto. Pero entonces parecía como si Laurie fuese desarrollando las peores facetas de su temperamento en lugar de las mejores, que sabíamos que existían. Pero éramos una familia; puede que a uno no le guste el comportamiento de otro miembro, pero no pone en cuestión su derecho a seguirlo.

Laurie siempre quiso ser Patty Hearst. Se entregaba a arrebatos imaginativos sobre la heredera secuestrada cuando yo tenía trece años y ella diecisiete; justo cuando se estaban produciendo los cambios más importantes de su personalidad. Entraba en mi habitación y me decía con extrema seriedad:

–Louie... quiero que pienses algo. Siéntate. Quiero que imagines que estás preparando una sopa Campbell de pollo con fideos un día entre semana por la noche. En la televisión del cuarto de estar se emite un episodio de Hawai Cinco-0. Tienes el pelo hecho una pena, llevas puesta una vieja bata de felpa y puede que estés dudando entre si prepararte unas palomitas de maíz o no. Suena el timbre de la puerta y te diriges con desgano hacia el vestíbulo para abrir. Cuando abres, irrumpen unos terroristas enmascarados. Te vendan los ojos, te amordazan, te atan y te introducen en el maletero de su Chevrolet. Estás secuestrado; te han raptado.

Mientras tanto, yo permanecía allí sentado obedientemente.

–Te llevan al escondite de los raptores, Louie, en el otro extremo de la ciudad. Te encierran en un armario, no te dejan dormir ni comer y te lavan el cerebro con manifiestos terroristas. Hacen que te cambies de nombre. Se cortan todos tus lazos con el pasado. Desapareces completamente del mundo durante meses y meses.

Laurie siempre dibujaba una excelente escena: una de Patty Hearst cautiva en la imaginación del mundo como víctima propiciatoria de las apetencias burguesas; raptada por las fuerzas que despojarían a nuestro mundo de camisas polo, clases de francés y setas de gourmet:

–Te dan por muerto; en el mejor de los casos te quedas como un sueño sin interpretar. Pero luego, un día, vuelves a aparecer. (Siempre con un brillo en los ojos.) Apareces como una imagen borrosa en blanco y negro, empuñando una carabina recortada M-1, en el sistema de vigilancia de video, mientras robas un banco de las afueras de tu ciudad natal, California. (Las conferencias de Laurie solían terminar de un modo parecido.) Te has convertido en un terrorista, un miembro de la guerrilla urbana, destruyes la esencia de la cultura que te creó, a la que estás cegando con un relámpago de luz blanca.

Estos discursos a veces me dejaban aterrorizado y confuso. Una noche, justo después de una de esas diatribas, sorprendí a Laurie purgándose en el retrete y, cuando le pregunté muy seriamente por qué hacía aquello, contestó:

–Preparo mi cuerpo para su nuevo dueño.

Creo que a Laurie le gustaba la idea de transformación total que encarnaba Patty Hearst después de convertirse en Tania y ponerse a robar bancos durante aquel breve período. Supongo que ella notaba que en su interior se producían cambios imparables y encontraba que esa historia era compatible con su evolución. Las vidas de ambas tampoco resultaban tan opuestas. Las dos familias eran numerosas y la ciudad donde nació Patty Hearst, muy parecida a la nuestra en aquel momento: encerrada en su propio sueño de vida al aire libre y elegancia de alta tecnología; de parábolas estucadas con rododendros y un futuro repleto de luces de plexiglás, parrillas bien ventiladas para las barbacoas interiores e ideas bienintencionadas para la ingeniería social.

Volviendo a Whistler, continué conduciendo bajo la lluvia, carretera adelante, preguntándome, según me acercaba a un posible encuentro, qué iba a decir y hacer exactamente si de verdad hallaba a mi hermana. A lo largo de los años había imaginado tantas conversaciones, despierto o en sueños, que una auténtica conversación o bien sería decepcionante o simplemente igual que otro sueño. Ninguna de las dos perspectivas resultaba atractiva.

¿Sonreiría Laurie? ¿Ofrecería un rostro inexpresivo? ¿Gruñiría? ¿Se alejaría? ¿Nos tocaríamos? Después de todos estos años imaginando una y otra vez guiones para el reencuentro, cuando éste era posible no tenía ni idea de qué hacer ni decir.

Y poco después de eso, simplemente... se desvaneció. ¿Había ido a Seattle? ¿A Phoenix? ¿A Toronto? Nada de números de despedida. Nada definitivo. Se limitó a desaparecer hace cinco años. Papá contrató a algunos detectives privados, pero nunca consiguieron gran cosa.

El asunto de Patty Hearst sólo constituía una de las obsesiones de Laurie. Otra era su ropa, que empezó a ser muy rara nada más terminar el instituto. Era de tiendas de segunda mano, pero superando mucho la de ese tipo de establecimientos: capas de andrajos, prendas feísimas, camisas polinesias de manga corta de una belleza irredimible a juego con pantalones militares verde oliva, cosas locas, trapos de vagabunda.

Y mis padres lo toleraban. La ropa se volvió cada vez más disparatada, el cuerpo más sucio, el comportamiento al regresar a casa después de una relación fallida, o por el motivo que fuera, más extravagante. Se lo aguantaban todo.

Nada en la vida de mis padres les había preparado para enfrentarse con el comportamiento de Laurie. Como era inclasificable, se pasaba por alto, no se mencionaba. Ni siquiera cuando les robó dinero y estrelló su Oldsmobile, o cuando la Policía Montada del Canadá aparecía en la puerta acompañando a Laurie con la mirada perdida. Nunca hubo ninguna discusión.

Hago que Laurie parezca horrible. Y supongo que me presento como una persona virtuosa; pero no es cierta ninguna de las dos cosas. Lo fundamental es que ella era sencillamente mucho mayor que yo, de modo que en cualquier momento tenía un aire de encanto inalcanzable. Durante aquellos años ella siempre me pareció inaccesible.

Y por eso Laurie se alejó particularmente de mí: un día estábamos sentados en el cuarto de la televisión viendo un programa sobre parapsicología. Ella tenía unos veinte años y se estaba comportando como solía hacerlo antes. Si era amable aunque fuera durante media hora, los de la familia deseábamos creer que la antigua Laurie había vuelto y que todo iría bien. Mamones.

En cualquier caso, mi hermana se giró y me dijo:

–Louie, adivina. Adivina en qué estoy pensando.

Yo la miré y ni siquiera pestañeé: la respuesta apareció en mi mente. Era el nombre de Peter Zzyzzy, el tipo que siempre había aparecido el último en el listín telefónico de Vancouver.

–Peter Zzyzzy –contesté.

Laurie perdió el control. Se puso a gritarme:

–¿Cómo lo sabías? ¿Cómo lo sabías? ¡Dímelo!

Pero, claro está, yo no tenía modo de saber por qué acerté: era pura chiripa, y nunca lo podría repetir. Pero daba igual. Después de eso, Laurie se mostraba fría conmigo y nunca volvimos a entablar una conversación de verdad ni me volvió a llamar Louie. En aquel momento eso no me molestó, porque francamente por aquella época todos estábamos hasta las narices de sus rarezas. Yo estudiaba segundo en el instituto y no me habría importado que, para cambiar, me prestasen a mí un poco de atención.

Durante los años siguientes, Laurie empezó a meterse sistemáticamente con todos los miembros de la familia y sus amigos, señalando cualquier pequeño desliz, tanto real como imaginario, que hubiera cometido la persona en cuestión. Luego lo magnificaba de modo desproporcionado, rompiendo para siempre esa relación. No pasó mucho tiempo antes de que dejase de tratarnos a todos; mi madre fue la última.

Y poco después de eso, simplemente... se desvaneció. ¿Había ido a Seattle? ¿A Phoenix? ¿A Toronto? Nada de números de despedida. Nada definitivo. Se limitó a desaparecer hace cinco años. Papá contrató a algunos detectives privados, pero nunca consiguieron gran cosa. Lo más cerca que estuvieron de ella fue los tres meses que le siguieron la pista por el estado de Washington. Pero al menos sabíamos que estaba viva. Y desde entonces ha sido la persona de la familia que no ha muerto, a quien nunca se aludía, que estaba borrada, como si nunca hubiera existido. Sin embargo, su presencia se notaba, claro, en las cenas familiares, en las bodas y en ceremonias de ese tipo. Pero es especialmente en la mañana de Navidad cuando su presencia flota por el jardín, al otro lado de las ventanas, burlona, por encima del césped y en la espesura del bosque, como pequeños destellos y susurros en que todos la reconocemos, aunque no nos atrevamos a mencionarlo.

Detuve el automóvil ante la tienda de alimentación de Nester's, unos kilómetros después del Whistler Village, y hallé la respuesta bastante cerca. Incluso mientras aparcaba podía ver a la que parecía ser Laurie dentro, metiendo unas latas en la bolsa de un cliente.

Se me iba la cabeza. Permanecí allí sentado y sentado y sentado, mirando su silueta, velada por la lluvia que golpeaba el escaparate y por el vapor de dentro.

Vi una cabina telefónica al lado del coche. Supuse que tendría que acercarme a mirar por el escaparate de la tienda. Si era Laurie llamaría a Brent o a mi otra hermana, Wendy, a la ciudad y discutiría lo que debía hacer a continuación. Con el brazo tembloroso y el corazón encogido, me apeé del vehículo, me dirigí, ajeno a la lluvia, hacia el escaparate y observé a la mujer del mostrador. Pero no era Laurie. Se parecía mucho, pero no se trataba de ella, sin duda. Me quedé mucho rato mirando a esa mujer que no era mi hermana, y luego volví al coche.

Cené en un caro restaurante francés que estaba abierto. Tomé un poco de vino y, cuando salí, la lluvia se había convertido en nieve. Dejé Whistler para volver a la carretera batida por el viento de regreso a la ciudad. La calefacción del automóvil había dejado de funcionar y fue un viaje espantoso: gélido, aburrido y lento. La verdad es que esperaba encontrar a Laurie y como no lo había conseguido, la sensación de... insolubilidad de la situación era inmensa.

Mi mente empezó a divagar. Pensaba en esto: pensaba en que cada uno de nosotros experimenta todos los días unos pocos momentos de mayor resonancia que otros. Oímos una palabra que se nos queda en la mente; o a lo mejor tenemos una pequeña experiencia que nos perturba, aunque sea brevemente: compartimos el ascensor de un hotel con una novia vestida para la boda, por ejemplo, o un desconocido nos entrega un trozo de pan para que demos de comer a los patos de una laguna, o un niño pequeño entabla conversación con nosotros en una lechería, o nos pasa algo como lo que me sucedió con los coches M&M en la estación de servicio Husky.

Y si anotáramos esos pequeños momentos en un cuaderno y los conservásemos durante unos meses, sin duda veríamos emerger determinadas tendencias en nuestra colección; surgirían ciertas voces que han estado tratando de hablar por medio de nosotros. Nos daríamos cuenta de que hemos llevado una existencia interior que desconocíamos. Y quizás esta otra vida es más importante que la que consideramos real; este estúpido mundo cotidiano de muebles, ruido y metal. De modo que a lo mejor esos instantes silenciosos son los auténticos acontecimientos que forman la historia de nuestra vida.

Me voy por las ramas. Soy humano; estoy atrapado en el tiempo. Sencillamente no consigo creer que se haya terminado la historia de Laurie, que nunca acabará, que jamás sabré su final o que nunca habrá ese último momento que da sentido a todo. Pienso en ella a menudo; me pregunto si es feliz o si lo está pasando mal. Me pregunto cómo tendrá el pelo ahora, de qué habla con sus nuevos amigos, si se habrá enamorado alguna vez, e incluso qué habrá comido. Todo tipo de cosas.

Quiero decirle que es encantadora. Quiero decirle que es buena. Quiero decirle que Dios también es bueno, y que nos rodea la belleza; y que el mundo se puede conocer. Quiero que venga a verme a casa.

Cerca de Squamish todavía no se había extinguido el incendio y la lluvia seguía cayendo; esta lluvia nunca acabará, este fuego jamás se consumirá. El incendio es tan grande que nos hace olvidar la lluvia. Pensé en los pioneros que me precedieron: descubrieron este mundo que incluso ahora es tan nuevo; construyeron ferrocarriles en desfiladeros vírgenes; pusieron puentes sobre ríos que fluían desde manantiales ignotos; sobrevivieron a incendios de bosques, tumbándose inmóviles en los pantanos, respirando el aire lleno de humo a través de cañas huecas.

Anduve por la carretera bajo la lluvia hasta llegar a una estación de servicios cerrada y llamé a casa desde el teléfono público que había allí. Respondió Brent. Le conté lo que me acababa de pasar en la fallida búsqueda de Laurie. Creo que mi voz sonaba como si estuviera agotado, perdido y triste.

Brent me confesó que también él piensa siempre en Laurie. Dijo:

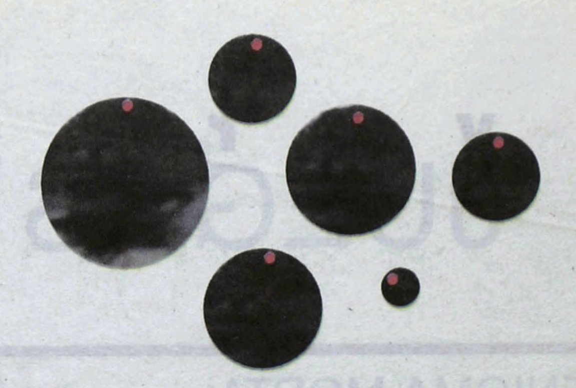
–Al menos por la noche sueño que todavía podemos ser amigos como antes. Puede que sea lo único que lleguemos a conseguir. He aprendido a adaptarme a ello. Yo estaba de acuerdo. Interiormente pensé en el extraño modo en que proporcionan refugio los sueños.

Brent comentó:

–Oye... tú siempre andas interpretando los sueños. Ahí va una idea... ¿por qué no pruebas algo nuevo? ¿Por qué no interpretas tu vida cotidiana como si ella fuera un sueño? Piensa: "Ahora pasa volando por encima un avión... ¿Qué significa eso?". O: "Ultimamente llueve mucho... ¿Qué significa eso?". O bien: "Hoy creí que iba a encontrar a Laurie, pero resultó que era otra persona. ¿Qué significa eso?". Creo que así la vida resulta más fácil. De verdad.

Se reproduce por gentileza de Ediciones B.

Dios



mplemente... se
Seattle? ¿A Phoenix?
eros de despedida.
desaparecer hace cinco
unos detectives privados,
gran cosa.

Lo fundamental es que ella era sencillamente mucho mayor que yo, de modo que en cualquier momento tenía un aire de encanto inalcanzable. Durante aquellos años ella siempre me pareció inaccesible.

Y por eso Laurie se alejó particularmente de mí: un día estábamos sentados en el cuarto de la televisión viendo un programa sobre parapsicología. Ella tenía unos veinte años y se estaba comportando como solía hacerlo antes. Si era amable aunque fuera durante media hora, los de la familia deseábamos creer que la antigua Laurie había vuelto y que todo iría bien. Mamones.

En cualquier caso, mi hermana se giró y me dijo:

–Louie, adivina. Adivina en qué estoy pensando.

Yo la miré y ni siquiera pestañeé: la respuesta apareció en mi mente. Era el nombre de Peter Zzyzzy, el tipo que siempre había aparecido el último en el listín telefónico de Vancouver.

–Peter Zzyzzy –contesté.

Laurie perdió el control. Se puso a gritarme:

–¿Cómo lo sabías? ¿Cómo lo sabías? ¡Dímelo!

Pero, claro está, yo no tenía modo de saber por qué acerté: era pura chiripa, y nunca lo podría repetir. Pero daba igual. Después de eso, Laurie se mostraba fría conmigo y nunca volvimos a entablar una conversación de verdad ni me volvió a llamar Louie. En aquel momento eso no me molestó, porque francamente por aquella época todos estábamos hasta las narices de sus rarezas. Yo estudiaba segundo en el instituto y no me habría importado que, para cambiar, me prestasen a mí un poco de atención.

Durante los años siguientes, Laurie empezó a meterse sistemáticamente con todos los miembros de la familia y sus amigos, señalando cualquier pequeño desliz, tanto real como imaginario, que hubiera cometido la persona en cuestión. Luego lo magnificaba de modo desproporcionado, rompiendo para siempre esa relación. No pasó mucho tiempo antes de que dejase de tratarnos a todos; mi madre fue la última.

Y poco después de eso, simplemente... se desvaneció. ¿Había ido a Seattle? ¿A Phoenix? ¿A Toronto? Nada de números de despedida. Nada definitivo. Se limitó a desaparecer hace cinco años. Papá contrató a algunos detectives privados, pero nunca consiguieron gran cosa. Lo más cerca que estuvieron de ella fue los tres meses que le siguieron la pista por el estado de Washington. Pero al menos sabíamos que estaba viva. Y desde entonces ha sido la persona de la familia que no ha muerto, a quien nunca se aludía, que estaba borrada, como si nunca hubiera existido. Sin embargo, su presencia se notaba, claro, en las cenas familiares, en las bodas y en ceremonias de ese tipo. Pero es especialmente en la mañana de Navidad cuando su presencia flota por el jardín, al otro lado de las ventanas, burlona, por encima del césped y en la espesura del bosque, como pequeños destellos y susurros en que todos la reconocemos, aunque no nos atrevamos a mencionarlo.

Detuve el automóvil ante la tienda de alimentación de Nester's, unos kilómetros después del Whistler Village, y hallé la respuesta bastante cerca. Incluso mientras aparcaba podía ver a la que parecía ser Laurie dentro, metiendo unas latas en la bolsa de un cliente.

Se me iba la cabeza. Permanecí allí sentado y sentado y sentado, mirando su silueta, velada por la lluvia que golpeaba el escaparate y por el vapor de dentro.

Vi una cabina telefónica al lado del coche. Supuse que tendría que acercarme a mirar por el escaparate de la tienda. Si era Laurie llamaría a Brent o a mi otra hermana, Wendy, a la ciudad y discutiría lo que debía hacer a continuación. Con el brazo tembloroso y el corazón encogido, me apeé del vehículo, me dirigí, ajeno a la lluvia, hacia el escaparate y observé a la mujer del mostrador. Pero no era Laurie. Se parecía mucho, pero no se trataba de ella, sin duda. Me quedé mucho rato mirando a esa mujer que no era mi hermana, y luego volví al coche.

Cené en un caro restaurante francés que estaba abierto. Tomé un poco de vino y, cuando salí, la lluvia se había convertido en nieve. Dejé Whistler para volver a la carretera batida por el viento de regreso a la ciudad. La calefacción del automóvil había dejado de funcionar y fue un viaje espantoso: gélido, aburrido y lento. La verdad es que esperaba encontrar a Laurie y como no lo había conseguido, la sensación de... insolubilidad de la situación era inmensa.

Mi mente empezó a divagar. Pensaba en esto: pensaba en que cada uno de nosotros experimenta todos los días unos pocos momentos de mayor resonancia que otros. Oímos una palabra que se nos queda en la mente; o a lo mejor tenemos una pequeña experiencia que nos perturba, aunque sea brevemente: compartimos el ascensor de un hotel con una novia vestida para la boda, por ejemplo, o un desconocido nos entrega un trozo de pan para que demos de comer a los patos de una laguna, o un niño pequeño entabla conversación con nosotros en una lechería, o nos pasa algo como lo que me sucedió con los coches M&M en la estación de servicio Husky.

Y si anotáramos esos pequeños momentos en un cuaderno y los conservásemos durante unos meses, sin duda veríamos emerger determinadas tendencias en nuestra colección; surgirían ciertas voces que han estado tratando de hablar por medio de nosotros. Nos daríamos cuenta de que hemos llevado una existencia interior que desconocíamos. Y quizás esta otra vida es más importante que la que consideramos real; este estúpido mundo cotidiano de muebles, ruido y metal. De modo que a lo mejor esos instantes silenciosos son los auténticos acontecimientos que forman la historia de nuestra vida.

Me voy por las ramas. Soy humano; estoy atrapado en el tiempo. Sencillamente no consigo creer que se haya terminado la historia de Laurie, que nunca acabará, que jamás sabré su final o que nunca habrá ese último momento que da sentido a todo. Pienso en ella a menudo; me pregunto si es feliz o si lo está pasando mal. Me pregunto cómo tendrá el pelo ahora, de qué habla con sus nuevos amigos, si se habrá enamorado alguna vez, e incluso qué habrá comido. Todo tipo de cosas.

Quiero decirle que es encantadora. Quiero decirle que es buena. Quiero decirle que Dios también es bueno, y que nos rodea la belleza; y que el mundo se puede conocer. Quiero que venga a verme a casa.

Cerca de Squamish todavía no se había extinguido el incendio y la lluvia seguía cayendo; esta lluvia nunca acabará, este fuego jamás se consumirá. El incendio es tan grande que nos hace olvidar la lluvia. Pensé en los pioneros que me precedieron: descubrieron este mundo que incluso ahora es tan nuevo; construyeron ferrocarriles en desfiladeros vírgenes; pusieron puentes sobre ríos que fluían desde manantiales ignotos; sobrevivieron a incendios de bosques, tumbándose inmóviles en los pantanos, respirando el aire lleno de humo a través de cañas huecas.

Anduve por la carretera bajo la lluvia hasta llegar a una estación de servicios cerrada y llamé a casa desde el teléfono público que había allí. Respondió Brent. Le conté lo que me acababa de pasar en la fallida búsqueda de Laurie. Creo que mi voz sonaba como si estuviera agotado, perdido y triste.

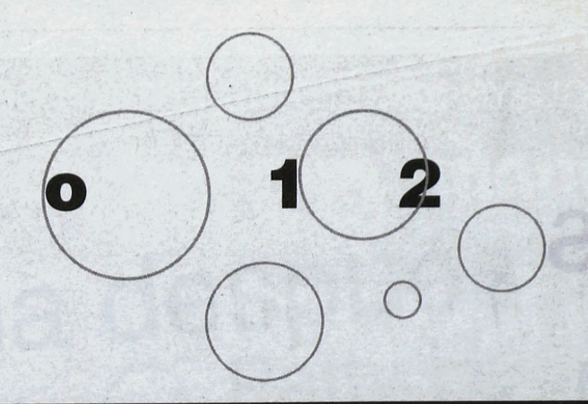
Brent me confesó que también él piensa siempre en Laurie. Dijo:

–Al menos por la noche sueño que todavía podemos ser amigos como antes. Puede que sea lo único que lleguemos a conseguir. He aprendido a adaptarme a ello. Yo estaba de acuerdo. Interiormente pensé en el extraño modo en que proporcionan refugio los sueños.

Brent comentó:

–Oye... tú siempre andas interpretando los sueños. Ahí va una idea... ¿por qué no pruebas algo nuevo? ¿Por qué no interpretas tu vida cotidiana como si ella fuera un sueño? Piensa: "Ahora pasa volando por encima un avión... ¿Qué significa eso?". O: "Últimamente llueve mucho... ¿Qué significa eso?". O bien: "Hoy creí que iba a encontrar a Laurie, pero resultó que era otra persona. ¿Qué significa eso?". Creo que así la vida resulta más fácil. De verdad.

Se reproduce por gentileza de Ediciones B.



v e r a n o 1 2
JUEGOS

ENIGMA MORTAL

Varios atletas arriesgan constantemente sus vidas realizando las pruebas más peligrosas. Averigüe el nombre completo de cada uno, qué prueba realiza y en qué circo.

		APELLIDO					PRUEBA					CIRCO				
		Cárdenas	García	Miranda	Pérez	Pierri	Clavadista	Domador	Hombre-bala	Receptor	Salto	Cosmos	Libertad	Mogambo	Real	Rivas
NOMBRE	Aníbal															
	Gabriel															
	Luis															
	Mario															
	Pedro															
CIRCO	Cosmos															
	Libertad															
	Mogambo															
	Real															
	Rivas															
PRUEBA	Clavadista															
	Domador															
	Hombre-bala															
	Receptor															
	Salto															

1. Luis trabaja en el circo Rivas. No se apellida García.
2. Aníbal es domador de leones. No es empleado del Libertad.
3. El que hace de receptor del lanzador de cuchillos trabaja en el circo Mogambo.
4. Mario no es clavadista.
5. Pedro se apellida Pierri.
6. El hombre-bala no es Gabriel ni Miranda. Uno de estos dos es empleado del circo Libertad.
7. Cárdenas trabaja en el circo Real. Su nombre no es Aníbal ni Mario.

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

COMO
LUEGO
ORA
PORQUE
PUES
SINO

DAMERO ENIGMATICO

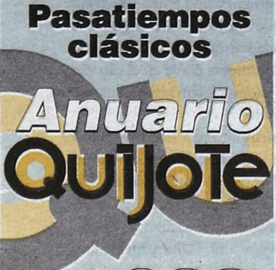
En las definiciones de este damero encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

1. **Culpe a** otro si no encuentra la cabellera postiza que perdió.
2. Cuando sople García se va a doblar el papel.
3. Un ángulo cerrado de entendederas.
4. **Lucas P.** pagó por sus pecados.
5. Un **áncora** en lo secreto.
6. Gota a gota, ron y whisky van a acabar.
7. Fue a Gascuña Daniela, que es la mujer de mi hermano.
8. ¿Ves tal sacerdotisa?
9. Esto que ves es un arma blanca.
10. Lavas estas prendas en aguas claras.
11. Un conquistador español muy amable y educado.
12. En **una dote** hay vestimenta.
13. Recordó Basilio su viaje a este lugar tan bonito de España.
14. Ellas forman ramos.
15. Un **lema en** la abundante cabellera.
16. Bajo ella están los ojos.
17. Es el rojo de los labios.
18. **Espero** que no sean de menor calidad.
19. **Ni cena** bajo este árbol tomaremos.
20. Existe nota en la nación.
21. Cobre y mujeres en las cavernas.

SILABAS

a, a, ar, ba, ca, ca, car, ci, Cor, Cór, cu, cul, cue, da, do, do, do, e, en, es, es, flo, fren, gar, go, guas, le, lu, me, mín, na, na na, no, ña, o, ob, pas, pe, pe ple, que, res, res, so, ta, tal, tar te, tés, to, tu, tuen, vas, ves.





SOLUCIONES

ACOMODO

C	O	M	O		
	L	U	E	G	O
	O	R	A		
P	O	R	Q	U	E
		P	U	E	S
S	I	N	O		

ENIGMA MORTAL

Aníbal García, domador, Cosmos.
Gabriel Cárdenas, clavadista, Real.
Luis Pérez, hombre-bala, Rivas.
Mario Miranda, salto, Libertad.
Pedro Pierri, receptor, Mogambo.

DAMERO ENIGMATICO

1. Peluca. 2. Plegar. 3. Obtuso. 4. Culpas. 5. Arcano. 6. Agotar. 7. Cuñada. 8. Vestal. 9. Estoque. 10. Enaguas. 11. Cortés. 12. Atuendo. 13. Córdoba. 14. Flores. 15. Melena. 16. Frente. 17. Carmín. 18. Peores. 19. Encina. 20. Estado. 21. Cuevas.
"El burgués no tolera en su casa nada que no entienda." Karl Kraus.

